

Anestesia Al Aire Libre

Veritas. Por el P. Miguel Selga, S.J.

Acompañé a mi hermano a la clínica: a juicio del doctor precisaba una operación: tendido ya en la mesa de operaciones, le aplicaron un anestésico: poco tardó en sobrevenir la pérdida completa de la sensibilidad, acompañada de resolución muscular. Desde entonces arranca mi interés por los agentes químicos que producen la anestesia, los doctores que la suministran y los anestésímetros que la miden. Con mi hermano ya restablecido y el doctor, un día fuimos a presenciar las anestesiaciones y operaciones que un hábil fisiólogo practica al aire libre, en los arenales de los trópicos. Su nombre es *amófila* y es un himenóptero aculeado de la familia de los crabónidos. Fabrica en la arena celdillas para la cría, por esto lleva el nombre de *amófila*, ya que *amos* significa arena y *filos* quiere decir amante. Es un insecto intermediario entre las abejas y las avispas. Las larvas de la *amófila* se alimentan de la carne de una oruga muy vigorosa, que solamente después de insensibilizada y destituida de todo movimiento debe ser encerrada con el huevo en la celdilla de la arena. Ahora vienen los problemas de fisiología y anatomía. Los centros nerviosos de esta oruga están distribuidos en los diver-

sos anillos, de que se compone el cuerpo. Paralizado un anillo, no quedaría paralizado el siguiente; es preciso operar en todos los ganglios. Esto que aconsejaría el más hábil fisiólogo lo hace la *amófila*. Ahora comienza su operación. Con su aguijón, con precisión matemática, va hiriendo uno a uno los nueve anillos; la víctima, viva sí, queda inmóvil: Tómala entonces la *amófila* por la cabeza y, sin resistencia ninguna, la arrastra al nido para alimento de la larva.

Este instinto o fuerza natural que hace obrar al animal, sin reflexión y sin conciencia de fin o de causa, es una manifestación clara de la sabiduría del Hacedor. Es cierto que el instinto tiene su fin, pero el animal lo desconoce. El animal no ve el efecto a que lo encamina su instinto, solamente ve las imágenes que se desarrollan y los actos que cumple, a medida que los va ejercitando. ¿Quién ha proporcionado al himenóptero una ciencia tan profunda como la que el instinto supone? Distinguir la parálisis de la muerte, saber que la parálisis deja intactos los tejidos que la muerte abandona a la putrefacción, apreciar las propiedades del veneno que inyecta, reconocer entre los insectos los que tienen un sistema nervioso condensado, saber que un solo aguijonazo bastará para paralizar totalmente y hundirlo precisamente en el punto necesario, sin desviarse ni un milímetro es algo, a primera vista maravilloso para un insecto. *Obtuso debe de ser, concluyó el doctor acompañante, obtuso debe de ser quien no vea que solo de Dios pueda venirle a la amófila ciencia tan complicada.*